

EL ECO DEL ÁGUEDA.

REVISTA SEMANAL ARTÍSTICO-LITERARIA.

DIRECTOR

DIONISIO J. DELICADO Y RENDON.

EDITOR PROPIETARIO: ANGEL CUÁDRADO.

REDACCION, ADMINISTRACION É IMPRENTA PLAZA MAYOR, NÚMERO 20.

EN CIUDAD-RODRIGO UN TRIMESTRE 6 RS., FUERA 7 IDEM, SEIS MESES 12 IDEM, UN AÑO 22 IDEM.

SUMARIO.—I. *La casa de paso, Sofia Tartilan.*—II. *Angelitos al cielo, S. Mesia.*—III. *Luz y muerte, Ricardo Cester.*—IV. *A todas las mujeres, Baltasar Martinez Duran.*—V. *A una mujer, por el mismo.*—VI. *El médico del alma, J. Varela.*—VII. *Rimas, Emilio G. del Valle.*—Noticias.—ANUNCIOS.

LITERATURA.

LA CASA DE PASO.

I.

Existía, hace algunos años, en S... pequeña ciudad de provincia, en la que pasamos nuestra primera juventud, un casaron antiguo, mitad palacio, mitad lonja, silencioso y sombrío, conocido vulgarmente por *La casa de paso*. En efecto entrábase á este edificio por una gran puerta, que se abría en la plaza Mayor de S..., y despues de cruzar un inmenso pátio, rodeado de pilastras, que sostenian un ancho soportal, salíase por otra puerta trasera á una calle estrecha que conducía á un barrio extremo de la ciudad.

Desde tiempo inmemorial esta casa solariega servía de paso. Sus puertas colosales, cuyas maderas hojas de roble estaban tachonadas de enormes clavos con cabeza en forma de estrella, permanecían abiertas día y noche: un doble anillo de hierro las sujetaban al muro, y por las adherencias de orin que presentaban los fuertes goznes, se conocía que, desde muchos años antes, no se habían cerrado.

La fachada era magnífica. Sobre el arco de la puerta principal, en un pesado escuson de piedra, sostenido por dos capiteles con volutas, campeaba un escudo coronado por un casco con cimera de plumas y visera calada: cuatro barras diagonales, cruzando uno de los cuarteles, anunciaban en los primitivos poseedores del palacio la bastardía real. Sobre los rasgados balcones del piso superior y las enormes rejas del bajo se

repetía el mismo blason más en pequeño, sin escuson, ni capiteles, lo propio sucedía en la puerta trasera.

El piso superior estaba habitado por una familia acomodada, y para hacer que los inmensos salones se parecieran en algo á las piezas modernas, había sido necesario levantar tabiques en todos ellos: en cuanto á la planta baja su destino era tan variado como extraño. El mayorazgo, dueño entonces del palacio, no residía en S..., y los administradores, buscando, sin duda, el mejor medio de sacar utilidad á la finca, no habían vacilado en alquilar para almacenes aquellas suntuosas habitaciones.

En la época á que nos referimos los había de sal, de granos, de aceite, de hilados, de paños y de otros varios géneros; y los Jueves, día de mercado en S..., presentaba *La casa de paso* un aspecto original, lleno de extraordinaria animación. Los forasteros, desbordándose de la plaza, invadían el gran pátio, entablando aquí y allá acaloradas discusiones. En los soportales, haciendo mesa y manteles del duro empedrado, establecían el comedor, recontaban el dinero sacado de las mercancías, empaquetaban los efectos comprados, descansaban de las fatigas de la venta, se resguardaban del sol ó de la lluvia, y daban en fin, un carácter especial al recinto. Las voces de los hombres, el llanto de los niños, la algazara de las mujeres y el cacareo de las aves, formaban un coro de ruidos indefinibles, imprimiendo vida y luz, durante algunas horas, al sombrío y silencioso edificio, hasta que llegadas las cinco de la tarde, los almacenes se cerraban y los forasteros volvían á sus lugares. Entonces el silencio se restablecía en la gran



casa misteriosa é imponente, sin que vinieran á turbarle durante ocho días, otros ruidos que el rumor de las pisadas de los transeuntes que pasaban de la plaza á la calle y de la calle á la plaza, rumor que repetía el eco bajo el embovedado del ancho soportal.

Entonces, *La casa de paso* se convertía en un antro oscuro, apropiado para hacer el *coco* á los niños cuando se les quería acostar á la oración; y tan general era en S... la costumbre de imponer miedo á los chicos con llevarles á la casa de paso, que apenas si habrá un natural de dicha ciudad, que cuente hoy más de treinta años al que en su infancia no se le haya hecho semejante amenaza. Verdad es que todo allí se aunaba para herir las imaginaciones infantiles. La gran riqueza de detalles artísticos, que un día debieron embellecer aquella casa solariega, entraba por mucho en el aspecto extraño que tomaba, vista á la pálida luz del crepúsculo, cuando una semi-oscuridad, envolviendo los objetos, los agranda, revistiéndolos de formas fantásticas.

La espaciosa escalera, abierta bajo el embovedado del soportal, estaba coronada por artesonados de encina, á la que los años habían dado un negro de ébano. Los remates de las ensambladuras los formaban cabezas de sátiros, con largas barbas, ojos saltones, rasgadas y enormes bocas. Cálculése el efecto que las vistas de tales monstruos, produciría en héroes de cinco á diez años. Los cuatro lienzos del pátio, en derredor del que, según hemos dicho, corría un ancho soportal, estaban pintados al fresco, ofreciendo á la imaginación de los curiosos algunas escenas mitológicas. La que se conservaba en mejor estado representaba el carro del Sol, tirado por seis caballos alados, que arrojaban fuego á torrentes por boca y nariz. El dios Apolo, rodeado de sus nueve hermanos, marchaba sobre el aureo carro, sentado en un trono de nubes de color de rosa. El artista no había economizado en la composición ni el almágre, ni el cobalto, ni la tierra amarilla: por lo cual el cielo aparecía á trechos rojo, como si nadara en sangre, á trechos teñido de un azul rabioso como el hábito de una colegiala, mientras el rubio Apolo y las nueve musas ostentaban espléndidas cabelleras decolor de azafra.

Las pinturas de los otros tres lienzos estaban tan deterioradas, que solo ofrecían á la vista cuerpos de ninfas mutiladas, trozos de nubes, restos de bosques y cabezas de faunos y sátiros, saliendo de entre las olas irritadas, lo que hacia suponer que los frescos deteriorados debieran representar á Diana en el bosque, y la salida de Anfítrite del seno de los mares, perseguido por el viejo Neptuno.

En el primer descanso de la ancha escalera,

una horrible pintura mural manchaba el testero. *Saturno devorando á sus hijos*, había sido el asunto elegido para enriquecer artísticamente aquella parte del palacio, y la escena, pintada con vivos colores, era harto apropiado para erizar los cabellos. *El Tiempo*, representado por un viejo feroz, devoraba con ansia á un niño, del que solo se veía la parte inferior del cuerpo, mientras la superior desaparecía en la horrible y ancha boca del dios antropófago. Los caballos con alas, arrojando llamas por la nariz, infundían ya en las infantiles imaginaciones un miedo atroz; pero la vista de *Saturno* le llevaba hasta el paroxismo: aquello era superior á toda exajeración, y antes aun los más atrevidos niños de S... hubieran caminado sobre carbones encendidos, que subir uno solo de los escalones que podían acercarlos al terrible viejo.

Nosotros, niños también en aquella época, jamás atravesamos la casa de paso, sin cogernos con ambas manos á los vestidos de nuestra buena madre, y jamás tampoco dejamos de volver la cabeza para contemplar al niño devorado, cuyos gritos nos parecía escuchar hasta en sueños.

Tales eran las impresiones que dejó en nosotros el aspecto particular de aquel extraño edificio cuando dejamos de verle: contariamos entonces ocho ó diez años: pasaron casi otros tantos sin volver á cruzar sus umbrales, y hasta llegamos á olvidarnos de que existía; pero « estaba escrito », como dicen los árabes, que habíamos de asistir á la desaparición de aquella casa, cuyos sombríos detalles habían acibarado las alegres horas de nuestra infancia. Hé aquí como esto tuvo lugar.

II.

Era una hermosa mañana de Abril. El sol dorado de la primavera mandaba sus primeros rayos á saludar á las flores. Los pájaros piaban alegremente en el alero de los tejados, y nosotros, más alegres aun que ellos, gozábamos de la inmensa dicha de tener diez y siete años. El abril de la vida y el de la naturaleza nos prestaban todas sus alegrías, sin que hubiera una sola nube en el puro cielo de aquella risueña mañana de juventud y de serena tranquilidad.

Sin embargo aquella tranquilidad fué interrumpida por los gritos de ¡fuego! ¡fuego! Está ardiendo *La casa de paso*.—Estos gritos los daban varios hombres que, corriendo en todas direcciones, buscaban auxilio contra el destructor elemento.

Hoy, que tantos recursos se encuentran en el desgraciado caso de un incendio, no es fácil figurarse el horror que la palabra *fuego* causaba entonces, sobre todo en ciudades como S... en la

cual solo hay tres fuentes que no corren siempre, algunos pozos que se secan en verano, y un rio poco caudaloso que pasa á una gran distancia del casco de la poblacion.

—¿Conque está ardiendo *La casa de paso*? preguntamos aterrados.

—Si, ardiendo, contestó el hombre; y no es lo peor que el edificio se queme, sino que las personas que viven en el piso principal se cree que están dentro, aunque nada se sabe de cierto.

—Pero, eso es horrible, exclamamos nosotros. ¿No han gritado, no han pedido socorro?

—No: reina en la casa un silencio aterrador.

—Y ¿está muy avanzado el incendio?

—Mucho. Por los balcones salen torbellinos de llamas grandísimos: los techos se desploman con un estrépito horroroso; las piedras crujen, y sin embargo, las puertas de las habitaciones, en donde vivian los señores NN... permanecen cerradas. Como tienen tantos adornos de cobre el fuego no las puede atacar.

—Y ¿qué hacen las autoridades?

—Todo lo que pueden, que no es mucho. Hay poca agua y pocos brazos: todos los peones están en el campo, y apenas si han podido encontrar cien personas para *establecer la cuerda*, lo cual es muy poco estando el rio tan lejos.

Todo esto era verdad. La casa de paso estaba, pues, condenada á desaparecer; y lo más terrible del caso era que la familia de los señores NN..., compuesta de dos esposos, tres niños, una doncella y algunos criados de escalera abajo, debian haber perecido, pues nada se sabia de ella.

Pasaron algunas horas de ansiedad. Todos los vecinos de S... acudieron á contemplar el siniestro, y todos se preguntaban, qué habia sido en los moradores del palacio.

Las maderas se quemaron, calcináronse las piedras, las gruesas paredes quedaron agrietadas, y, dominado el incendio, púdose por fin, entrar en la casa, ó mejor dicho en los restos que de ella quedaban; y entonces un espectáculo aterrador se presentó á la vista de los que, con riesgo de su vida, se aventuraron en medio de aquel inmenso brasero. Los cadáveres de los esposos NN... y de los tres niños fueron hallados en una misma estancia completamente carbonizados. Sin duda el incendio los habia sorprendido en medio de un sueño letárgico, pereciendo todos sin exhalar un solo grito. La doncella habia desaparecido, y su cadáver que se buscó en vano, fué hallado tres dias despues en una acequia: la infeliz se habia suicidado. En cuanto á los criados de planta baja, pudieron probar que por orden de sus señores dormian todos fuera de a casa.

Todo esto, como puede comprenderse, se ave-

riguó más tarde en la informacion del proceso. Entonces se habló de seducción y de venganzas como causas determinantes del pavoroso drama, cuyo desenlace costaba la existencia á seis personas.

Pasaron muchos meses, quizá más de un año, y cuando la dolorosa impresion de aquella catástrofe empezaba á borrarse de la memoria de S..., la curiosidad nos llevó un dia hasta la valla que cercaba el medio abrasado edificio que fué *La casa de paso*; y recordando las impresiones de nuestra infancia, unidas á las que nos habia producido el espantoso drama del incendio, por aquello *Similia Similibus*, para curarlas en lo posible, entramos en las ruinas. El pájico se conservaba casi intacto y las pilastras continuaban sosteniendo el ancho soportal. En los ennegrecidos muros, que la accion del fuego habia agrietado, se descubrian aun las rubias cabezas de las Musas y los alados caballos que arrastraban el carro del sol. Involuntariamente volvimos la mirada para buscar la escalera, y en ella la pintura mural, causa de nuestros pavorosos sueños. El muro existia; allí estaba *Satan* continuando su horrible tarea. La vista de aquel niño destrozado trajo á nuestra memoria á las tres infelices criaturas devoradas por las llamas, y un estremecimiento de horror recorrió todo nuestro cuerpo, haciéndonos cerrar los ojos, é inmediatamente abandonamos el lugar. Algunos años más tarde desaparecieron los calcinados restos del edificio: en su área se han construido casas modernas, y hoy apenas si en S... se recuerdan el siniestro fin que tuvo *La casa de paso*.

SOP'A TARTILAN.

ANCELITOS AL CIELO.

En una costumbre, generalmente seguida en todos los pueblos de España, y especialmente en los de Andalucía, la de acompañar con música alegre y festiva el cadáver de todo aquel que muere en su primera edad, pareciendo indicar de esta manera á los demás la alegría que les embarga, ó al ménos su poco pesar. Fundada esta costumbre en un principio cierto, pero falso al ser exagerada, ofrece casi siempre, y por esta misma causa, el raro contraste de ver unido el sentimiento más legítimo que se conoce, con una indiferencia tan pacífica y tranquila por parte de aquellos que no lo sienten directamente, cual si el hecho fuese solo mera contrariedad de la vida.

Cuando una desgracia de este género sucede; cuando los padres, en su justo y profundo dolor, ven en aquel pedazo de su corazon que pierden, un sueño que se desvanece, una ilusion sin realidad, ó una realidad que termina, entonces, lo decimos con verdadera pena, el amigo íntimo, el que no lo es,

los conocidos, y hasta aquellos individuos de la familia, no ya de la íntima, de la que constituye el hogar, pero sí de la restante, que no por esto, dejan de serlo, todos en general, y movidos por un mismo sentimiento, prestan á los desgraciados, consuelos que no pueden por completo satisfacer, ni ménos aminorar su pena; pero que tanto y tanto ofuscan la mente, tan unánime es su opinion, que sin quererlo, y arrastrados por la costumbre dicha y por un género de ideas que no les es posible á ellos mismos definir, permiten que el público presencié un espectáculo, en el cual, engalanada la muerte con vistosos colores y llevada en triunfo por sus mismos súbditos, van estos serenos y tranquilos hasta el lugar donde termina su misión, sin hallar en lo que ven más que un inocente niño, cuyas penas en la vida no llegaron, y un nuevo ángel que se fué á habitar el cielo.

Si extendemos un poco más la vista; si llegamos hasta aquellos que tienen la desgracia de que la educacion recibida y la falta de medios los coloque en más baja esfera, encontraremos entonces imperando con mas fuerza esta misma costumbre, y presentándonos el cuadro, al par que siempre doloroso, más anónimo tambien.

En cumplimiento de un penoso deber, salimos á la calle en una de esas noches en las que el cielo, tachonado de un sinnúmero de estrellas, alumbraba el espacio con sus brillantes chispas de luciente fuego, permitiéndonos adivinar su inmensidad. Al elevarse nuestra mirada; al hallar tanta grandeza en un mundo que ignoramos, pero del que esperamos la suprema felicidad, un pensamiento asalta siempre á la mente. ¿Acaso de temor? ¿Quién sabe si de amargura! Todo se hallaba en silencio; todo convidaba á la meditacion, y mientras que nuestro ánimo, impresionado por lo que veia, estaba más á propósito para ser consolado, que para dar consuelos, nuestros pasos fueron acortando el camino, llegando al fin á la casa objeto de nuestra salida.

Pobre, muy pobremente alhajada, y en una habitacion que apenas contiene la escena que presenta, hallamos sobre desvencijada mesa la caja donde yacia un niño de cuatro á seis años. Pintada en su rostro la serenidad de la inocencia, y con sus pequeños labios levemente entreabiertos, parecia indicarnos el último beso de despedida que dió á su desgraciada madre antes de abandonar para siempre el suelo en que vivia. Esta, retirada en un ángulo, y fijos los ojos en el cielo, busca incesantemente el ángel que perdió en la tierra, mientras copioso raudal de lágrimas va marcando lentamente el sello de su desgracia. Nadie le queda en quien fijar su cariño; era el primero y único fruto de una feliz union, y ante su inmenso dolor, y ante el respeto que siempre impone la presencia de la muerte, no nos atreviamos á creer lo que sin poderlo evitar llegaba á nuestros oidos. Separados solo por un débil tabique é iniciado por los mismos amigos de la casa, se reunieron en la inmediata habitacion no pequeño número de hombres y mujeres que, celebrando á su manera tan fausto acontecimiento, entre bulla y algazara y entre música y licores, pasaban alegremente la noche sin respetar lo que de-

bían, sin ver lo que serán, y siendo, en una palabra, el escándalo de la vecindad.

Aquí hacemos punto.

Lo que la idea y el tiempo construyen, difícilmente se derrumba; por eso nosotros sólo nos limitamos á presentar el cuadro de lo que vemos y sentimos, dejando á los demás el comentario que su juicio les sugiera; pero no podemos por ménos de lamentar, cuando conducen á un niño á su última morada, que la gente, al asomarse, atraida por la alegre música, en vez de elevar su sentimiento á un pensamiento más serio y propio, lo suprime de ordinario y exclame con una indiferencia que hace daño, y casi con infantil alegría:

—Angelitos al cielo.

S. MESÍA.

POESÍA.

LUZ Y MUERTE.

Gime al perder, la mariposa bella,
Su variado matiz, en noche oscura,
Y vuela ansiando con febril locura
Un instante de luz, aunque arda en ella.
Así en la noche del dolor, mi estrella
Siempre fatal é intensa en amargura,
Me robó la ilusion y la ventura
Cuando ví tu beldad que amor destella.
¿Qué he de querer yo? mi alma intranquila
En tu alma reflejar en dulce juego
Cual ave en la ola de la mar tranquila;
Ciego abrasarme en tu divino fuego;
Tu esclavo ser, ¡beber en tu pupila!
Un instante de amor y morir luego!

RICARDO CESTER.

Á TODAS LAS MUJERES.

Al ver una mujer ¿quién no la adora?
La vista encanta, el corazon engríe;
Una ilusion parece, si sonríte;
Un ensueño semeja, cuando llora.
Aurora del amor, quiere la aurora
Que por perlas sus lágrimas rocíe:
Es astro, que en el cielo se deslíe;
Es ángel, que en el mundo se evapora.
¿Qué vale más que una mujer? las perlas,
Los diamantes, y el oro, al adornarlas
Se embellecen en vez de embellecerlas.
Yo, que nunca he cesado de admirarlas,
Quisiera, aun no pudiendo poseerlas,
Que hubiera aun más mujeres para amarlas.

BALTASAR MARTINEZ DURAN.

Á UNA MUJER.

Yo amaba á todas: con delirio loco
Cuantas mujeres por do quier veia,
En mi empeño tenaz las perseguia

Todas á mi ambicion creyendo poco.
 Mi corazon, de la inconstancia loco,
 Al ver una mujer siempre latia:
 No perdoné la niña todavía,
 Ni las jamonas perdoné tampoco.
 Al encontrarte á tí, que un ángel eres,
 En aras de tu amor mi alma se inmola;
 Reasumiendo en tu sér todos los séres.
 Ya el amor general no me atortola:
 Yo amaba ántes á todas las mujeres,
 Pero al verte exclamé: ¡ya amo á una sola!

BALTASAR MARTINEZ DURAN.

EL MÉDICO DEL ALMA.

—¿Qué enfermedad, vida mia,
 va tu frente marchitando?
 ¿Qué sientes?—Melancolía.
 ¿Cómo te alivias?—Llorando.
 —La sangre agita tus sienas,
 estás pálida, llorosa...
 No me engaño, lo que tienes
 es una fiebre amorosa.
 Y en vano callas tu amor,
 pues con lenguaje elocuente
 te ha delatado el pudor
 que ruboriza tu frente.
 —¡Ah, que el mal que me devora
 ningún remedio lo calma!
 —Mil remedios atesora
 la medicina del alma.
 —Me aconsejan que sonría,
 mis lágrimas enjugando;
 yo no puedo... — No, alma mia,
 sigue llorando, llorando.
 Las campiñas se coloran
 cuando agua llevan los rios:
 corazones que no lloran
 son corazones vacios.
 Lloro, sí, lejos del ruido
 de la alegre sociedad;
 pues al corazon herido...
 lágrimas y soledad.
 Y cesarán tus congojas;
 que todo, niña, se alcanza,
 si conseguimos las hojas
 de la flor de la esperanza.
 Esa es una flor que erece
 oculta en el corazon,
 y que vive y reverdece
 al soplo de la ilusion.
 Mas si el afan te devora,
 sigue llorando, bien mio,
 que el corazon que no llora
 es un corazon vacío.

J. VARELA.

RIMAS.

¿Dónde estás?—No lo sé; pero á mi oido
 llegan del aura en cadenciosos sonos,

el ¡ay! de tu gemido
 y el grito de dolor de tus canciones.

Al discurrir por el florido prado
 percibo en el perfume de una rosa,
 tu aliento regalado
 y el suspiro que exhalas amorosa.

En el rayo de luz que en occidente
 se quiebra en una nube blanquecina,
 mi espíritu te siente
 y en la ligera sombra te adivina.

¿Dónde estás?—No lo sé: mi fantasía
 me dibuja tu imagen candorosa,—
 en la floresta umbría,
 en el aura, en la nube temblorosa
 que baña en luz el moribundo día!

EMILIO GONZALEZ DEL VALLE.

NOTICIAS.

En la tarde del domingo y á consecuencia de una
 pequeña avenida, fué destruido el malecon que se
 estaba construyendo en el rio Agueda, con objeto
 de variar el cauce.

* *

Despues de una ausencia de doce años, hemos te-
 nido el gusto de saludar a nuestro amigo D. Cris-
 tino Valencia, capellan de unos de los buques mer-
 cantes del Sr. Lopez y compañía, que se detendrá
 unos dias al lado de su familia.

* *

El martes último, despues de una larga y penosa
 enfermedad falleció doña Valentina Aparicio, viuda
 del medico D. Julian Gurrea. Dios la haya recibido
 en su seno y concedido á la afligida familia, la re-
 signacion necesaria para soportar tan sensible pér-
 dida.

* *

Por la Direccion general del Tesoro, se facilita al
 público varias señales que hacen distinguir la mo-
 neda de calderilla falsa y legitima, que como asunto
 de interes general nos parece conveniente darlo á
 conocer. Se distinguen las monedas falsas de las le-
 gitimas, en que las marcas de los contratistas y la
 del grabador general están más imperfectas, es de-
 cir, que las letras O. M. que están debajo del escudo
 no se tocan en las falsas y en las legitimas sí: en el
 anverso de la moneda del año de 1858, la marca del
 grabador A. C. en las falsas es mas imperfecta; y en
 la moneda del año de 1870, la firma del grabador
 general L. Marchionni que llevan las legitimas en
 el anverso al pié de la España, están muy claras las
 letras, al paso que en las falsas resultan ser muy
 imperfectas, y en algunas falsificaciones no se pue-
 den leer; debiendo hacer saber, que las falsificacio-
 nes que proceden de fundicion, son las más fáciles
 de conocer por la porosidad y falta de limpieza que
 presenta el metal, y los detalles de la moneda son
 siempre toscos é imperfectos.

ANUNCIOS.**TALIS VITA. FINIS ITA.**

NOVELA ORIGINAL

DE D. DIONISIO J. DELICADO Y RENDON.

El mayor y más completo elogio que de esta interesante obra podemos hacer, es decir que sin embargo de haberse publicado recientemente y en una población que se halla muy lejos de los grandes focos de vida literaria, ha merecido ya el honor de ser traducida y publicada en el extranjero.

Véndese en esta librería al precio de 2 pesetas ejemplar.

ALMANAQUES AMERICANOS

PARA 1879.

Acaba de recibirse en esta librería un magnífico surtido de almanaques de pared, que contienen al dorso de cada hoja charadas, epigramas, anécdotas, acertijos, etc., etc. También se hallan á la venta ejemplares de los acreditados almanaques «de la Alegría,» «de los Chistes,» «del tío Carcoma» y de las novelas «La Hija mártir,» «El rey de los ladrones,» «Aventuras de tres mujeres,» «El rigor de las desdichas,» «Los pordioseros de frac» publicadas recientemente por la casa editorial de D. Jesus Graciá.

¡¡¡QUE GANGA!!!

Para que no pueda competir ningun otro establecimiento con el depósito de

MAQUINAS PARA COSER que hay en Ciudad-Rodrigo, calle de Talavera, núm. 1.º, de acuerdo con las fabricas, ofrece el representante los precios siguientes:

Primitiva «Singer» de mano.	430 rs.
«Singer» de pié.	585 rs.
La misma perfeccionada.	740 rs.
La «Victoria» de mano.	440 rs.
«Canadense» idem.	320 rs.

Para familias de pié, de id. para sastres y sombrereros, giratorias para zapateros y guarnicioneros.

Se dan á plazos, se garantizan y dan otras si los dueños no están conformes con las que compran.

Mercado de Ciudad-Rodrigo, 22 de Octubre.—

Trigo candeal, de 42 á 44 rs. fanega.—Idem barbilla, de 40 á 42 id.—Centeno, de 32 á 34 id.—Cebada, de 27 á 29 id.—Algarrobas, de 22 á 24 id.—Garbanzos, de 60 á 90 id.—Patatas, de 2 á 3 rs. arroba.—Aceite, de 74 á 76 rs. cántaro.—Harinas, de 1.º á 18 rs. arroba.—De 2.º á 17 id.—De 3.º á 15 id.—De 4.º á 10 id.—Menudillo á 6 id.

VARIEDAD EN TARJETAS AL MINUTO.

EN ESTE ESTABLECIMIENTO SE HACEN
á 10 rs. el ciento.

En la misma librería, se sigue espendiendo con una aceptación asombrosa, la verdadera y legitima

TINTA UNIVERSAL,
(EN POLVO.)

LIBROS DE TEXTO.

En esta librería se hallan á la venta todos los correspondientes á las asignaturas que constituyen el bachillerato en artes, y han sido declarados tales por el claustro de profesores del colegio de San Cayetano.

—Bien, señor, consiento en que me hagais enrodar, sino confesais que soy listo, cuando os diga el nombre del novio.

—Lo sé, Salvator.

Acebedo se quedó con la boca abierta, estaba vencido.—Es inútil que os diga nada, puesto que todo lo sabeis,—exclamo, —y no comprendo cómo.

—Toma, he ahí, como,—contestó don Juan, arrojándole la carta que acaba de leer.

Acebedo la recorrió rápidamente y preguntó en seguida:

—¿Vuestra alteza, no sabe más que lo que aquí está escrito?

—Nada más.

—Entonces os pido albricias, porque yo sé mucho más,—y Acebedo recobró su aire pretencioso.

—Habla.

—El novio se llama Salvator Rossa, ha sido discípulo de Rivera y para pagar sin duda, las lecciones que de él recibió, le ha hecho la guerra alistándose en la *Compañía de la muerte*, y ahora se dispone á robarle la hija. Es un loco de atar; pintor, poeta, músico, comediante y espadachin, íntimo amigo del difunto Masaniello, y tan desvergonzado que se atrevió á alzar la mano contra el virey, duque de Arcos.

—Pues necesito que caiga en mi poder. Revuelve á Nápoles si es preciso para encontrarle, y evitar que se lleve á María-Rosa.

—Si me permite vuestra alteza, le diré que no soy de su parecer. Debemos dejar que se la lleve.

—¿Qué dices? ¿Dejar que se la lleve!

—Si, que la saque de su casa, que trabaje en provecho nuestro sin saberlo. Una vez en la calle ambos amantes, nos apoderamos de ellos sin que lo sienta la tierra. Rivera sabrá solo, que Salvator ha robado á su hija y vendrá á pedirnos que le ayudeis á buscar á los fujitivos.

Vos le ayudais y vereis como, cuando menos se piense, encontramos á ese saltibanco cosido á puñaladas en alguna callejuela. En cuanto á la dama, estoy seguro de que no la en-

contraremos nunca, porque ya cuidareis vos de que no se pierda.

El príncipe escuchaba con fruicion y sus ojos adquirían cada vez mayor brillo.

—Pero para todo eso, es necesario un plan y yo no le tengo, —interrumpió.

—Le tengo yo,—contestó Acebedo,—oíidle.

VIII.

Era sábado.

Acababan de sonar las dos de la mañana, cuando por la estrecha calleja á que daba el jardín del *Spagnoletto*, avanzó silenciosamente un grupo compuesto de cinco hombres, al cual seguían dos jayanes llevando una silla de manos.

Al llegar á la puerta del jardín, el que parecía ser jefe de aquella expedicion nocturna, se detuvo y, en voz baja pero enérgicamente acentuada, exclamó:

—Tardaré en volver, pero mientras tanto cumplid con lo que os he mandado. No es probable que á estas horas pase nadie por una calle tan escusada, más si aconteciere por desgracia...—é hizo un ademán, remedando al que dá una puñalada.

—Id tranquilo *Signor* Salvator, confiad en mi,—respondió uno de los bravos.

Salvator Rossa abrió con sumo tiento la puertecilla del jardín, y entró cerrándola tras sí.

Apenas lo hubo visto el bravo que había hablado, fué á llamar con los nudillos en la puerta de enfrente.

Debia ser una señal convenida, porque la puerta se abrió inmediatamente sin producir el más leve ruido y una voz varonil preguntó desde la oscuridad:

—¿Eres tu Giacomo?

—Sí, señor, yo soy, pero salid enseguida porque me ha dicho tardará poco.

Oyéronse entonces pasos dentro del zaguan, y salieron á la calle cuatro hombres con sendos chambergos y largas capas, bajo las cuales asomaban las conteras de las espadas. Tras de los cuatro, un enmascarado que á despecho de su careta y del traje ordinario que vestía, no podía ocultar que era persona de rango.

—Toma,—dijo el primer embozado,—ahí ván los doscientos ducados,—alargando un bolsillo á Giacomo.

—Gracias, *ecellenza*,—contestó este recogiénolo,—espero que os acordareis de mí, cuando tengais otro negocio, ya sabeis dónde vivo, no teneis más que avisarme.

—Bien está, marcháos.

Giacomo hizo una señal á sus camaradas;—hemos concluido,—les dijo,—vamos á repartirnos el dinero del español y del napolitano. ¡Trescientos ducados ganados en un santiamén, sin trabajo, sin riesgo... bonito negocio!

Y aquellos malvados echaron á andar la calle abajo con la conciencia tranquila, gozosos y contentos. Habian convenido en ayudar á Salvator mediante cien ducados, y le vendian por doscientos á Acebedo.

Acebedo era el que les habia dado el bolsillo.

Los jayanes portadores de la litera, permanecieron en sus puestos: no entraban para nada en el negocio. Habian sido alquilados para trabajar aquella noche, y esperaban cumplir su cometido, sin cuidarse de lo que no les importaba.

—Ya sabeis lo que debemos de hacer,—dijo Acebedo, cuando se vió dueño del campo,—tú y tú, os arrojareis sobre él apenas salga, Patiño y yo, nos encargamos de ella. En cuanto á vos, señor,—y se dirigió al de la máscara,—retiraos, entrad en la litera y aguardad tranquilamente, que pronto la tendreis á vuestro lado.

—Cuenta con lo que te he dicho,—repuso el caballero.—Veinte mil ducados, si dás el golpe sin escándalo; una plaza de

y corrido de vergüenza, acudió á su rostro un calor inusitado.

Se hallaba solo y sin embargo, miró recelosamente á su alrededor, porque creia que todos los napolitanos se burlaban de él. No solo no le amaba Maria-Rosa, sinó que amaba á otro y con este otro, se disponía á huir de allí á ocho dias.

—¡Vive Dios!—exclamó estrujando la carta y dando una violenta patada en el suelo,—no será. ¡Hola!

Presentóse un moceton fornido, moreno, de buena melena, bigotes y perilla descomunales, con aire de maton y perdonavidas.

—Acebedo,—le dijo el príncipe,—veamos que has averiguado, de que modo has cumplido mi encargo.

Acebedo colocó su mano izquierda, en la enorme taza de su espada, metióse el chambergo debajo del brazo, atusose el mostacho y despues de toser picarescamente, contestó:

—A las mil maravillas señor. ¡He descubierto que tiene novio!

—¡Lindo descubrimiento, seor truhan! ¡Y para eso te pago? Tentado estoy á darte una vuelta de cintarazos, que no te se olvide en tu vida. ¡Con que todos tus descubrimientos se reducen á saber que tiene novio?

—No, señor, es que vuestra alteza no me hadejado concluir; tambien sé que el novio es de contrabando, porque el señor Rivera no lo quiere ni bendito.

—Algo más, porque todo eso, lo sé yo tambien como tú.

—Pero lo que no sabe vuestra alteza, es que...—y aquí Acebedo, para dar más importancia á lo que iba á decir, ahuecó la voz,—es que el mozo piensa llevársela...

—Dentro de ocho dias, el sábado á la una de la noche,—repuso don Juan.

Acebedo hizo una mueca de sorpresa.—¡Cuernos del diablo! ¡Tambien sabeis eso? ¡Cómo habeis podido averiguarlo?

—¡Ah! ¡bravo! preguntame ahora, eso es! yo te encargo que me traigas noticias, y tú vienes á pedírmelas á mi. ¡Vive Dios! don bellaco, que voy á mandar que te enroden, sino me dices algo de provecho.